

CAPITULO



CENTRO
EDITOR
DE AMERICA
LATINA

la historia de la literatura argentina

5

Epoca colonial:
la ilustración y el
seudoclasicismo



CAPITULO

la historia de la literatura argentina

5. Epoca colonial: La Ilustración y el Seudoclasicismo

Este fascículo ha sido preparado por el profesor Dr. Bernardo Canal Feijoo, redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina, y ha tenido una lectura final a cargo del profesor Adolfo Prieto.

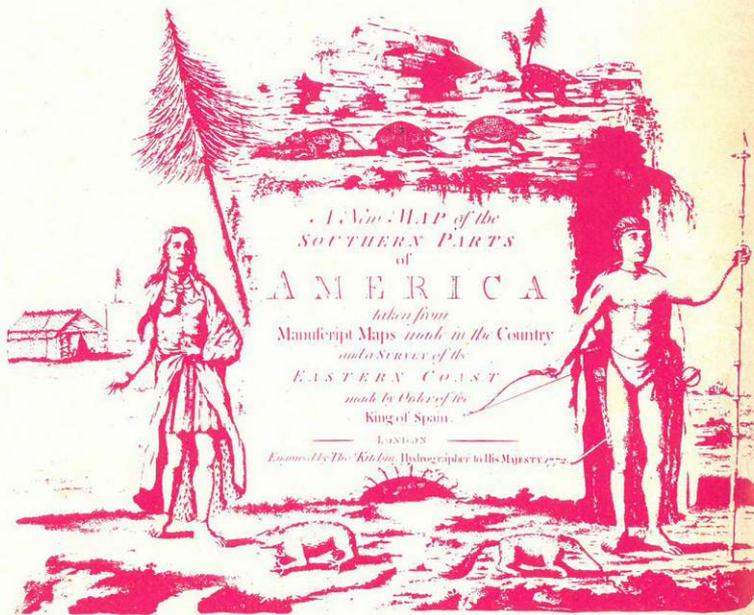
CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO Nº 6:

LA EPOCA DE MAYO

- LAS PROMOCIONES INTELECTUALES DE MAYO
- LOS FACTORES IDEOLOGICOS
- PERIODICOS DE LA EPOCA
- LA POESIA CIVICA Y PATRIOTICA
- JUAN CRUZ VARELA
- LITERATURA COLONIAL Y LITERATURA ARGENTINA
- EL DESAHOGO DE LA SATIRA

y junto con el fascículo, el libro
LA LIRA ARGENTINA (selección).



La Literatura Virreinal

La Ilustración y el Seudoclasicismo. —Desde la muerte de Tejada, en 1680, debía pasar todo un siglo hasta que apareciera una individualidad relevante en la literatura rioplatense. Mientras tanto, la actividad cultural se concentra en Córdoba, alrededor del núcleo religioso que sigue llevando a sus últimos extremos la llamada conquista espiritual. No significa esto que la labor cultural de las órdenes religiosas hubiese comenzado con la Universidad de Córdoba, aunque a partir de entonces cobre en realidad un impulso profundo por conducto, ciertamente, de los jesuitas. Todas las órdenes, desde las primeras horas de la conquista, intervinieron de un modo o de otro en la vasta empresa de la conquista espiritual de las nuevas tierras: franciscanos, dominicos, mercedarios, jesuitas, actuaron cada una con sus características propias, dadas sin duda por los fines que las diferencian en tanto que órdenes distintas. Pero indudablemente cupo a la orden de los jesuitas la labor más importante, hasta el extremo de que con el tiempo llegó a identificarse a la Compañía de Jesús con esta tarea, de suerte que la labor realizada por ella fue llamada “la misión” por antonomasia. La técnica, por decirlo así, de la conquista espiritual, tuvo en manos de los jesuitas una magnitud quizás sin parangón en la historia. No solo fundó en Córdoba un colegio y una universidad para la formación de sus *élites* intelectuales, sino que, corriéndose al otro extremo, instituyó como base y punto de partida fundamental ante la población nativa lo que se llamó la “reducción”, palabra que no expresa todo el alcance de la idea. La reducción se proponía constituir el órgano de educación social masiva del aborígen. Significaba la urbanización, es decir, la concentración, estabilización y regularización de la existencia de las masas indígenas, a la sazón dispersas, atomizadas, seminómadas. Podría decirse que la



Ilustración para el libro de Nieremberg (1705)

Elseudoclasicismo

Indudablemente, en perfecta coherencia con el sistema de las nuevas ideas que van a concertarse en la “Enciclopedia” —cientificismo, republicanismo, tolerancia, soberanía popular—, surge en el transcurso del siglo XVIII una nueva voluntad estética, franca reacción contra los desbordes formales, el sensualismo, el lujo y el aristocratismo del barroco de Corte y de Iglesia. Se denominó neoclasicismo a este movimiento porque, así como el Renacimiento había reasumido las concepciones e ideales del arte grecorromano, de una expresión racional, armoniosa, basada en la claridad de la composición, en la regularidad del ritmo, en la consideración de las leyes biológicas y geométricas, el neoclasicismo pretendía retornar al ejemplo clásico, que ahora, a diferencia de lo ocurrido en el Renacimiento, se veía asociado a la idea de virtudes áticas o espartanas, al estoicismo de los romanos, etc. En cierto modo, el neoclasicismo aspiraba a una reasunción del clasicismo grecorromano con olvido del clasicismo renacentista, al que sentía como exento de esas virtudes antiguas. Y en este empeño se entregó a la imitación que más parecía un calco de las formas externas de modelos clásicos. En el campo literario, los modelos fueron casi exclusivamente —sobre todo en América— Virgilio y Horacio. La imitación simplemente superficial y tópica, logra una forma fría o demasiado rígida para el contenido que, históricamente, en ese siglo XVIII en que fermentan las grandes revoluciones sociales, pedía de por sí formas nuevas. Esta incoherencia esencial entre el ideal formal remotamente retrospectivo y un contenido de ideas y pasiones proyectadas al futuro, ha hecho que muchos prefieran llamar al neoclasicismo,seudoclasicismo, esto es, falso clasicismo. En sus logros más felices, elseudoclasicismo anticipa el romanticismo; es un romanticismo

larvado, que no ha roto todavía la cáscara. Dentro del período colonial argentino, son ejemplos de neoclasicismo, Lavardén (con fuertes tintes barrocos) y más netamente López y Planes (en cuyo "Triunfo argentino" el clasicismo tiene aire de ejercicio escolar según los modelos virgilianos).



Carlos III de España

reducción era la "ciudad del indio", la cual, en opinión de Juan Manuel Peramás (1732-1793), historiador de la Orden, habría aspirado en cierto modo a satisfacer el ideal de la polis platónica, pero partiendo desde luego de la condición concreta, etnográfica y psicológica del indio americano; todo ello, por supuesto, según los principios de la dogmática a cuyo servicio estaba la Orden.

Las más importantes reducciones, llamadas también misiones, fueron las del Paraguay o guaraníicas. Esto por varias razones, todas ellas implícitas en una fundamental: la de que estas reducciones se hallaban establecidas sobre la frontera que separaba los dominios de la corona española de los de la corona portuguesa, en esta parte del continente. Desde 1640, en que Portugal se independiza de España, esta frontera se había convertido en un punto de serias fricciones entre ambos poderes, y las misiones jesuíticas allí instaladas resultaron una barrera infranqueable para los reiterados intentos de penetración hechos por los portugueses esclavistas y contrabandistas del sur del Brasil. Esto fue posible gracias a la organización de estas misiones que llegaron a disponer de ejércitos propios, quizá mejor organizados y equipados que los del propio gobierno civil. Pero esta misma circunstancia les granjeó el recelo del poder real, que, con motivo o sin él, y sin duda alentado por los enemigos de los jesuitas, tuvo un desenlace desfavorable para la Orden. Gobernaba entonces Carlos III, cuyo liberalismo no veía con buenos ojos la creciente influencia de los jesuitas en América. Y basándose en acusaciones cuya legitimidad no corresponde analizar aquí decretó la expulsión de los jesuitas mediante un decreto fechado en España en 1767, que fue llevado a la práctica estrictamente por el entonces gobernador de Buenos Aires, Francisco de Paula Bucarelli. Intervinieron en esta decisión factores de índole ideológica y política, estre-

chamente vinculados con la situación histórico-cultural de la segunda mitad del siglo XVIII.

La obra cultural de los jesuitas. —

Sea cual fuere el juicio que los historiadores se formen sobre la actitud de Carlos III ante la Orden de los jesuitas en estas tierras, es objetivamente cierto que su expulsión, si bien favoreció el clima de libertad intelectual entonces tan necesario en estas tierras, de donde la medida política fue positiva, en cambio provocó también una interrupción brusca de la labor que venía desarrollándose en la soledad de los claustros. La etnografía, la naturaleza, las lenguas aborígenes, fueron los temas centrales de sus tareas de investigación. Obra de verdaderos precursores, han quedado de muchos de ellos trabajos que debieron ser completados muchas veces en el destierro. Merecen especial mención, por su vinculación con la cultura argentina, algunos nombres de sacerdotes de diversas nacionalidades que cumplieron la mayor parte de su carrera y su obra en estas tierras. Argentinos, españoles o de otras naciones europeas serán rápidamente enumerados a continuación, aun cuando, como queda dicho, la naturaleza de sus trabajos escape del campo estrictamente literario:

Extranjeros: Padre Nicolás de Techo (o du Toict), francés, nacido en 1601 y muerto en 1680, autor de una *Historia del Paraguay*, editado por primera vez en latín en Lieja, en 1673. Padre Martin Dobritzshoffer (1717-1791), austríaco, que publicó en 1784 una *Historia de los indios abipones*, en latín. Padre Florian Paucke (1719-?), alemán, autor de *Un jesuita en el Paraguay*. Padre Tomás Falkner (1707-1784) o Falconer, inglés, autor de *Una descripción de la Patagonia y sus adyacencias en Sud América*. Francisco Xavier Charlevoix, francés, que escribió una *Historia del Paraguay*; el Padre Antonio Macchioni

EXPLICACION
DEL
CATECHISMO
EN LENGUA GUARANI
POR NICOLAS YAPUGUAI
CON DIRECCION
DEL P. PAULO RESTIVO
DE LA COMPANIA,
DE
JESUS



En el Pueblo de S. MARIA La Mayor.
AÑO DE MDCCXXXIV

Impreso de las misiones jesuíticas

El establecimiento de las misiones jesuíticas obedeció a razones políticas y eclesiásticas de diversa significación. Desde el punto de vista de las letras y de la cultura, la labor de las misiones fue considerable y variada, y su expulsión por Carlos III representó una interrupción de estas tareas.



Descuartamiento de Tupac-Amaru (grab. de la época)

CARTA CRITICA
SOBRE
LA HISTORIA DE AMERICA
DEL
S. D. JUAN BAUTISTA MUÑOZ
ESCRITA EN ROMA
POR
DON FRANCISCO ITURRI.



—♦—
 IMPRESA EN MADRID, AÑO 1797.
 REIMPRESA
 EN
BUENOS-AYRES:
 EN LA IMPRENTA DE LA INDEPENDENCIA.
 1818

Carta Crítica de Iturri

DE LA DIFERENCIA ENTRE LO
TEMPORAL Y ETERNO
 CRISOL DE DESENGAÑOS; CON LA MEMORIA DE LA ETERNIDAD, POSTERIDADES INMANAS, Y PRINCIPALES MISTERIOS DIVINOS.
 POR EL
P. IVAN EVSEBIO NIEREMBERG
 DEL COMPAÑIA DE
 IESVS
 Y TRADUCIDO EN LENGVA GUARANI
 POR EL PADRE
IOSEPH SERRANO
 DE LA MISMA COMPAÑIA
 DEDICADO A LA Magestad DEL
 ESPIRITU SANTO
 CON LICENCIA DEL EXCELENTISSIMO
 SEÑOR
D. MELCHOR LASSODE LA VEGA
GAPORTO CARRERO
 Virrey, Gobernador, y Capitan general del Peru
 Impreso en las Doctrinas Año de M.D.C.C.V.

Portada del libro de Nieremberg

(1671-1753), italiano, autor de *Arte y vocabulario de la lengua lule y tonocoté*.

Españoles: Padre Alonso de Barzana, autor de un *Arte y vocabulario, gramática toba*. Padre Pedro Lozano (1697-1752), autor, entre otras obras de historia de la Compañía y del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, de una *Descripción chorográfica del terreno, río, árboles y animales de las dilatadísimas provincias del Gran Chaco Gualamba, y de los ritos y costumbres de las innumerables naciones bárbaras que las habitan* (1733). Padre José Guevara, autor de una *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Dos destacados argentinos: el Padre Gaspar Juárez (1731-1804), santiagueño, autor de *Cartas edificantes de la provincia del Paraguay, Historia natural y eclesíástica del Virreynato, Observaciones fitológicas*, etcétera, y el Padre Francisco Iturri (1738-1822), santafecino, autor de *Historia civil del virreynato del Río de la Plata, y Carta crítica sobre la Historia de América de T. B. Muñoz* (1799), de carácter polémico, que tuvo gran resonancia en su momento. Toda esa inmensa labor —en parte todavía inédita, o en ediciones sin expurgar— interesa principalmente a la historia política, o a la historia de las ciencias naturales y etnográficas, o a la lingüística americana. Fue realizada tal como lo permitían los métodos y recursos de conocimiento e investigación de la época, y no podría descartarse de antemano la posibilidad de que en ella existan páginas que, desde el punto de vista de la forma, excediendo las estrictas necesidades de la historia o de la ciencia quepan con holgura en el campo de la literatura.

La Corte Virreinal. — Poco tiempo después de la expulsión de los jesuitas, que significó un fuerte golpe para esa cultura de tipo teocrático centrada en Córdoba, un factor político de gran trascendencia determinó un ver-

dadero desplazamiento de todas las actividades culturales hacia Buenos Aires. Se trata del establecimiento del virreinato del Río de la Plata, con capital en la ciudad porteña, en 1766, a cuyo frente y con la jerarquía de Virrey fue colocado el general Pedro de Cevallos, célebre por sus triunfos militares contra los portugueses, que habían invadido la Banda Oriental. Conviene consignar brevemente los factores fundamentales que influyeron en la creación del virreinato. Fueron de índole política, económico-fiscal, y culturales, sociales y psicológicos. Son los siguientes:

1º) **Políticos:** la necesidad de descentralizar el gobierno colonial, desprendiendo las regiones del Río de la Plata de la jurisdicción del Perú, y colocándolas así en situación de más fácil contacto con la metrópoli; la necesidad de concentrar estratégicamente los poderes de gobierno en función de la defensa de la frontera hispano-lusitana, prácticamente desmantelada desde la expulsión de los jesuitas.

2º) **Económicos y fiscales:** la doble presión de los intereses mediterráneos que pugnan por encontrar salida por “el puerto”, y a la vez la de los intereses ultramarinos que pugnan por entrar por el puerto para volcarse al interior del país; la necesidad administrativa de regularizar el tráfico comercial, con un control eficaz que evite el contrabando, hábilmente explotado por portugueses e ingleses.

3º) **Sociales, culturales y psicológicos:** los nuevos vientos ideológicos que soplan desde Europa y estimulan ansias latentes de autonomía; crónicas emulaciones porteñas frente a los prestigios de la Corte limeña, alentadas por el sentimiento de creciente potencialidad de la capital rioplatense. Precisamente, un aspecto de la emulación entre Buenos Aires y Lima, encontrará, a poco de establecido el nuevo virreinato, un franco reflejo en la famosa “Sátira Literaria” del primer poeta virreinal argentino, Lavardén.



Félix de Azara

Tras la expulsión de los jesuitas, y en parte como consecuencia de ella, se produce en el Río de la Plata una considerable afluencia de técnicos y científicos —geógrafos, ingenieros, naturalistas— que llegan adscriptos a las comisiones encargadas de la demarcación de límites entre las colonias españolas y portuguesas. Civiles o militares, los “científicos” no harían, en parte, otra cosa que proseguir con método más riguroso los trabajos de investigación de los jesuitas, aparte, es claro, los que atañen directamente a sus funciones técnicas. Algunos de ellos permanecieron años en estas regiones después de cumplida su misión. Cabe destacar entre ellos el nombre y la obra de Félix de Azara (1746-1821), que permaneció veinte años, y fue entre todos el que mayor tributo rindió a la historia de la cultura rioplatense, con obras de permanente interés para el estudio del siglo XVIII y comienzos del XIX, como la titulada *Descripción del Paraguay y Río de la Plata*, etc.

CERTAMEN LITERARIUM.
 Quo sequentes è Logica, Ethicæque decerpit Theses
 disputationi subiiciantur.

SACRÆ, QUÆ ELIÆ PATRIARCHÆ APPARUIT SOLATIUM.
 CARMELI NUDEULÆ
 CUI PLENISSIMÈ DATUS EST DECOR CARMELI
 ET SARON
 SANCTITATIS MONTI. IN QUO BENEPLACITUM EST
 DEO HABITARE.
 CUJUS ANIMÆ VERTEX NUNQUAM EXSICCATUS.
 INUNDANTIS GRATIÆ RORE PREVENTUS.
 SUI TEMPORE FRUCTUM. QUEM SÆCULA EXOPTABANT.
 DEDIT REDEMPTOREM:

BEATÆ, INQUAM. VIRGINI MARIÆ
 SUB TITULO

DEL CARMEN.

UNA CUM STUPORE. ET GAUDIO SÆCULORUM.
 CUI SINE LITTERATURA ÆTERNÆ SAPIENTIÆ PENETRALLA
 INGRÆDI LICUIT.
 UT INDOCTOS SAPIENTIAM DOCTOS EDOCERET:
 ANGELO. QUEM IOANNES AB ORTU SOLIS ASCENDENTEM VIDET.
 SIGNUM DEI VIVI SACRIS STIGMATIBUS EXPRESSUM.
 INAUDITO. RETROACTIVQUE SÆCULIS NON CONCESSO.
 PRIVILEGIO

SANTO. DEMUM. FRANCISCO ASSISIENSIS.
 NOSTRI PHILOSOPHICI CURSUS TUTELARIBUS.

D.D. Saurinus Josephus à Pons. Monserratenus Collegii Alumnus. & Joannes
 Thomas Gomezus. Lauretani Seminaris Collegæ.

D. O. & C.

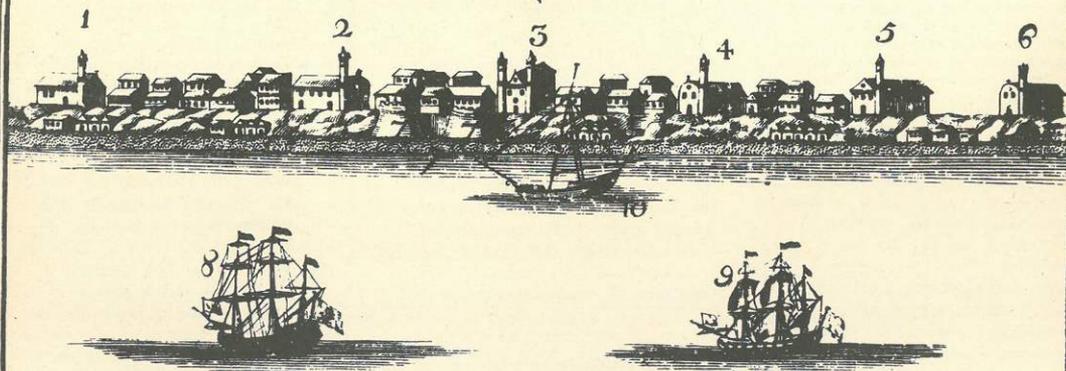
Anuncio de un certamen en la
 Universidad de Córdoba

La consecuencia directa de la creación del Virreinato, no podía ser otra que una verdadera polarización de todo el mapa de la vida “argentina” hacia Buenos Aires. Pronto podrá hablarse con propiedad del “Virreinato de Buenos Aires”, olvidando prácticamente el nombre institucional. Se corta el cordón umbilical queataba inveteradamente el Norte y el Centro del país al Perú, y Córdoba, sede de la única universidad colonial, comienza a perder su prestigio de capital cultural del país, mientras Buenos Aires, hasta entonces “la ciudad mercantil”, comienza a despertar a la vida del espíritu. Hay un súbito afloramiento de energías creadoras que nadie parecía haber sospechado antes. Surge y madura la figura del primer poeta “porteño” culto, Manuel José de Lavardén, que otorgará a la historia de la literatura la más alta nota lírica de todo el siglo XVIII, y la primera tragedia de tema rioplatense escrita por un argentino. Su célebre “Oda al Paraná”, podría decirse que entroniza al río vocativo en símbolo vivo de esa total polarización del país, que el poeta ve al mismo tiempo como una extraversion necesaria rumbo a las futuras grandezas de la patria.

Pero el poeta Lavardén representaba la voz culta, que solo podía encontrar sentido y eco entre las clases ilustradas. Y acontece que aquel despertar a la vida del espíritu, que coincide con el establecimiento del virreinato, alcanza también a las clases más amplias de la sociedad, urbanas o rústicas. Empieza entonces a hacerse oír “La voz del pueblo”, impersonal pero típica, “incivil”, pero vigorosa. Será naturalmente gente culta la que se encargue también de auspiciar esta veta popular. No deja de ser significativo que se destaque en esta nueva corriente un sacerdote de amplia cultura, escolástica e “ilustracionista” al mismo tiempo, pero dotado de un agudo sentido de lo popular: el canónigo Maciel.

Juan Baltasar Maciel. — Nacido en la ciudad de Santa Fe, el canónigo Juan Baltasar Maciel (1727-1788) realiza sus primeros estudios en el Colegio Monserrat de Córdoba, los prosigue en la Universidad de San Felipe, en Chile, y se gradúa finalmente en la de Charcas *in utroque jure* (derecho civil y canónico). Se establece luego en Buenos Aires, donde gana prestigio como jurista y canonista. Cancelario —o canceller— durante años en el Colegio Convictorio Carolino fundado por el virrey Vértiz, le es dado desde sus funciones vincularse en las aulas con muchos de los jóvenes que en 1810 serán llamados a desempeñar un alto papel en la jornada revolucionaria. Poseía una biblioteca cuantiosa, la más importante de todo el virreinato, en cuyos anaqueles podían encontrarse algunas de las obras que nutrieron el espíritu revolucionario de aquella juventud. Por todo ello ha podido llamarsele “el maestro de la generación de Mayo”. La historia de las ideas no estima mayormente —y en general ni siquiera recuerda— su obra de canonista y de jurista, que por lo demás no parece haber sido muy relevante. Provisto de tan rica biblioteca, Maciel se atrevía, al parecer con especial interés, a la lectura, temeraria en su época, de las obras que definían el espíritu del “siglo de las luces”. Y compuso versos, que no llegaron a ser estimados, y hasta no faltó quien los juzgara imprudentes social y políticamente. Pero ocurre que es precisamente esta “imprudencia” lo que los vuelve particularmente significativos, y hasta trascendentales para la historia de la literatura argentina. La obra en verso del padre Maciel está constituida por algunos sonetos y un singular “romance”, destinados a exaltar los triunfos del gobernador Cevallos en la guerra con los portugueses. Los sonetos, de factura forzada y deficiente, merecerían en general ser olvidados si no fuera por el espíritu que los infunde. El estar

Planta da Cidade
de Buénos Ayres



Riyo da Prata

S. F. S. delin

O. Cor. F.

El Lazarillo de ciegos caminantes —obra que se atribuyó a Concolorcorvo, un mestizo que la firma, pero que en realidad fue escrita por el visitador Alonso Carrió de la Vándera— es uno de más completos y amenos documentos sobre las costumbres, los tipos humanos y la sociedad americana de su época.

Concolorcorvo

Uno de los libros de mayor interés para la historia de la cultura argentina en el siglo XVIII no fue escrito por un natural de estas tierras. La obra, publicada en España en 1773, tiene este título explicativo que pronto se haría famoso:

"El Lazarillo de ciegos caminantes / Desde Buenos Aires hasta Lima, con sus itinerarios según la más puntual observación, con algunas noticias útiles a los Nuevos Comerciantes que tratan de Mulas; y otras Históricas. / Sacado de las memorias que hizo don Alonso Carrió de la Vándera en este dilatado Viaje, y Comisión que tuvo por la Corte para el arreglo de Correos y Estafetas, Situación, y ajuste de Postas, desde Montevideo. / Por don Calixto Bustamante Carlos Inca, alias CONCOLORCORVO, natural de Cuzco, que acompañó al referido Comisionado en dicho Viaje, y escribió sus Extractos."

La historiografía da hoy por establecido que esta obra fue escrita por el propio Visitador en cuyas "memorias" se decía inspirada. Razones circunstanciales habrían aconsejado a Carrió ocultar la paternidad; así la obra fue publicada como escrita por "Calixto Bustamante Carlos Inca", alias "Concolorcorvo" por el aspecto de su piel, "del color de ala de cuervo", personaje real de vaga prosapia incaica espuria, sin antecedentes literarios, que se habría prestado a la supercheria. La obra supone al autor habiendo estado dos veces en Buenos Aires: la primera en 1743, la segunda en 1771, ya próximo el establecimiento del Virreinato del Río de la Plata. Comprueba en el segundo viaje el notable incremento alcanzado en las actividades generales, bajo el gobierno del "mejicano" Vértiz

(governador entonces, más tarde Virrey). Es observador atento y prolijo, que capta bien el rasgo significativo. Parece importarle ante todo lo que atañe al pueblo en general, las artesanías, los tipos y usos comunes. Es el primero que describe las costumbres de esos "mozos nacidos en Montevideo y los vecinos pagos", que allí son conocidos con el nombre de "gauderos" (y no son otros que los que de este otro lado del Río de la Plata se denominan "guasos" y poco después "gauchos" por antonomasia). Es el primero que connota el gusto particular —y el abuso— de la "copla", esto es, del verso entonado al compás del instrumento, en las reuniones populares de Tucumán y Santiago, donde se muestra descarada preferencia por la copla erótica y precoz. Este testigo atento, que observa todo con detalle, no da cuenta de haber encontrado en su viaje alguna personalidad destacada, digna de ser mencionada por su inteligencia o cultura, científico, poeta, profesor. Ni siquiera en Córdoba, donde hay una universidad y un colegio de prestigio continental, si bien diverso al de

EL LAZARILLO

DE CIEGOS CAMINANTES desde Buenos-Ayres, halla Lima con sus Itinerarios según la más puntual observación, con algunas noticias útiles a los Nuevos Comerciantes que tratan en Mulas; y otras Históricas.

SACADO DE LAS MEMORIAS QUE hizo Don Alonso Carrió de la Vándera en este dilatado Viaje, y Comisión que tubo por la Corte para el arreglo de Correos, y Estafetas, Situación, y ajuste de Postas, desde Montevideo.

POR DON CALIXTO BUSTAMANTE CARLOS Inca, alias CONCOLORCORVO Natural del Cuzco, que acompañó al referido Comisionado en dicho Viaje, y escribió sus Extractos.

Primera edición del Lazarillo de ciegos caminantes

organismos análogos del Perú o Chile, como él mismo lo sugiere.

"No he sabido —connota refiriéndose a Buenos Aires— que haya mayorazgo alguno, ni que los vecinos piensen más que en sus comercios, contentándose con una buena casa y una quinta, que sólo sirve de recreación. No hay estudios públicos —explica— por lo que algunos envían sus hijos a Córdoba, y otros a Santiago de Chile, no apeteciendo las conveniencias eclesiásticas de su país por ser de muy poca congrua, y sólo suficientes para pasar una vida frugal."

La mujer, en cambio. . .

"Las mujeres de esta ciudad en mi concepto son las más pulidas de todas las americanas españolas, y comparables a las sevillanas, pues aunque no tienen tanto chiste, pronuncian el castellano con más pureza. He visto sarao en que asistían ochenta, vestidas y peinadas a la moda, diestras en la danza francesa y española, y sin embargo de que su vestido no es comparable en lo costoso al de Lima y demás del Perú, es muy agradable por su compostura y aliño."

La obra de Concolorcorvo —o, para ser más exactos, de Carrió de la Vándera— cabe sin duda en la categoría de la de los cronistas viajeros. La mayor parte de sus observaciones arrojan una luz sugestiva sobre el cuadro sociológico argentino general de las vísperas virreinales. Su testimonio da la impresión de objetividad y veracidad, aun cuando el autor declaraba fiar más en la Fábula —o sea la imaginación— que en la Historia, para el hallazgo o entendimiento de la verdad. Aspiraba a un equilibrio sutil en la forma literaria. Dividía a los escritores en dos especies: Los escritores-Planos y los escritores-Corchos. Y él se complace en figurarse a sí mismo de este modo: "Soy peje entre dos aguas, ni tan pesado como los unos (los Plomo) ni tan liviano como los otros (los Corcho)". Y así fue.

dedicados, como el “romance” a Cevallos, no es gesto de ofensiva pleitearía ante el jefe del gobierno colonial; es ofrenda tributada al tres veces triunfador militar en la primera guerra que comprometía los sentimientos patrióticos y religiosos más profundos del pueblo rioplatense: la guerra contra “el portugués”, doblemente enemigo: político, en sus ambiciones de poner la planta en la Banda Oriental; y religioso, como aliado de los ingleses protestantes (no faltando además quienes quieran forzosamente ver en el portugués un judío). ¡Y por tres veces la guerra había sido llevada y el triunfo alcanzado por el gobernador Cevallos “con solo los valientes gauchos de Buenos Aires”, según lo proclamara orgullosamente Moreno!

La veta popular: Logrados o no logrados, los sonetos son un exponente de la lírica culta; y siempre ha sido costumbre de poetas cultos glorificar las hazañas militares; Maciel procedió así en sus sonetos. Pero también utilizó con el mismo fin el “romance”, que hoy encontramos más valioso que todo el resto de su obra de poeta y jurista. “Canta un guazo en estilo campestre los triunfos del Exmo. señor don Pedro de Cevallos”, explicaba el título del romance, forma que en Maciel asume rasgos muy particulares. El guazo cantaba así:

*Aquí me pongo a cantar
debajo de aquestas talas,
del mayor guaina del mundo
los triunfos y las gazañas.*

*Hé de puja el caballero,
y bien vaía toda su alma
que a los portugueses jaques
ha zurrado la badana!
¡Como a ovejas los ha arriado
y repartido en las pampas!...*

*Perdone señor Cevallos
mi rana silvestre y guaza,*

*que las hermanas de Apolo
no habitan en las campañas.*

Ya encontramos ahí algunos rasgos constantes de la lírica gauchesca: el apronte inicial (*aquí me pongo a cantar*), la exaltación del coraje (*Hé de puja el caballero... como a ovejas los ha arriado*), la modestia en el atrevimiento (*Perdone el señor Cevallos, mi rana silvestre y guaza...* Curiosamente, la imagen batracia de la modestia gaucha será literalmente repetida, cuarenta años después, por Hidalgo: *Después de los ruiseñores bien pueden cantar las ranas...*).

No hay noticias de que antes de Maciel algún poeta culto hubiese cedido al antojo de encomendar a “un guazo”—esto es, a un gaucho—, en su propio lenguaje, el canto al jefe de sus propias victorias. Por haberlo hecho él, la historia lo reconoce precursor de la gauchesca argentina. Los contemporáneos cultos se burlaron de los conatos del padre Maciel, llamándolo poeta “incivil”, que entonces equivalía a demagogo. Pero aun en el supuesto de que el “romance” careciera de todo valor poético—lo que no es verdad—, tendría al menos este otro, que importa fundamentalmente a la conciencia creadora argentina: que en aquella época el espíritu culto había comenzado a mostrarse sensible a los modos populares, y reconocía ya un “estilo campestre” lírico, que el “romance” procuraba parodiar en serio, por así decir—y no lo hacía mal—, esta vez a un pretexto que había merecido ya los honores de la lírica culta. Lustrós después, las invasiones inglesas darían nueva ocasión y pretexto para intentos semejantes al del canónigo precursor. Y será entonces otro poeta, de condición eclesiástica parecida—el padre Pantaleón Rivarola— quien los aventure, esta vez agregándoles una lúcida teoría del género.

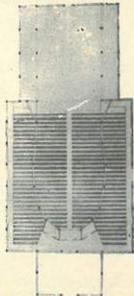


José Joaquín de Araujo

En 1803 se publica en Buenos Aires, editada en la Imprenta de Niños Expósitos, una obra titulada *Guía de Forasteros del Virreynato del Río de la Plata*. El título recordaba de algún modo El *Lazarillo de ciegos caminantes*, de Concolorcorvo, publicada treinta años antes. Pero no podía parangonarsele, ni con mucho, por su contenido y forma. Consiste simplemente en un detalle esquemático de los “tres estados” jerárquicos del gobierno colonial: el Estado Político, el Estado Eclesiástico, y el Estado Militar. Una breve introducción puntualizaba algunos datos históricos sobre la fundación de Buenos Aires. No contiene ninguna referencia sobre los aspectos, siquiera institucionales, de la cultura virreinal. Carece de todo interés para la historia de la literatura, y no se adivina el que podía ofrecer a “forasteros”. Su autor, José Joaquín de Araujo, historiador, fue uno de los colaboradores de El *Telégrafo Mercantil*.

El nacimiento del teatro

Coincide con el establecimiento del Virreinato el surgimiento de las primeras expresiones de una dramática propia, esto es, que busca inspiración en el tema y los tipos de la región. Sugestivamente, las dos mayores expresiones inaugurales son, una "tragedia", *Siripo*, de Lavardén, el más alto poeta culto de la época, y un "sainete", *El amor de la estanciera*, de tema rural, durante mucho tiempo atribuido al canónigo Maciel, el primer poeta que arriesga un romance "en estilo campestre". Eran las dos puntas extremas del género tocándose en la misma circunstancia. Por los dos extremos, pues, el de la conciencia culta y el de la simpatía popular, se ve surgiendo el teatro, el género en el cual el espíritu creador pide público, reunión en común, comunidad en el más amplio plano. El nacimiento del teatro auténtico, significativamente, coincide con las primeras expresiones de esa lírica de base eminentemente popular que anuncia a la gauchesca. Y así como en el romance precursor del canónigo Maciel, la poética se desengola al popularizarse, el teatro al adoptar el tema y los tipos locales se profaniza, apartándose para siempre —en la historia del teatro nacional— del tema teológico de rigor en la dramática colonial anterior al Virreinato.



Primer plano del antiguo Coliseo

La obra literaria del canónigo Maciel incluía, presuntamente, un ágil y expresivo sainete rural, *El amor de la estanciera*, primero en su especie en la historia del teatro criollo. Muchos especialistas niegan hoy a Maciel la paternidad de esta pieza. En ella se presenta a un paisanito —un "guasó"— que se gana los favores de la hija del estanciero en oposición con un prepotente rival, "portugués" por más señas. Como en el "romance", saltan a la vista en el sainete las simpatías popularistas del autor. Y si sucediera que el sainete no fue realmente obra del canónigo, sino de algún otro escritor culto, hoy injustamente ignorado, habría que concluir que el canónigo no estaba solo, que su actitud era compartida por otros, y esto constituiría un indicio bien significativo dentro del proceso de la formación del espíritu creador argentino. Ya se verá, por ejemplo, cuando se estudie el género gauchesco, que Maciel deberá ser mencionado como un precursor.

Manuel José de Lavardén. —

La historia de la literatura tiene a Manuel José de Lavardén (1754-1809) por el último poeta *colonial* y primer poeta *porteño*, cronológicamente. Nació en Buenos Aires, donde murió poco antes de la revolución de Mayo. Cursó estudios en las universidades de Chuquisaca, Granada, Toledo, Madrid, obteniendo, dicese, todos los grados de la Facultad de Leyes. Es quizás el argentino que pasó por más universidades, y en cuya cultura domina más el sello de las españolas que de la americana, sutil diferencia que merecería estudiarse con especial atención. Pero, vuelto a su patria, no consta que haya ejercido la profesión, o que en todo caso se hubiese destacado de algún modo por el título. Dictó cátedra de filosofía en el Colegio de San Carlos. Alcanzó aureola

de pensador profundo, al par que de poeta inspirado. "Genio de orden superior —llegó a proclamarlo el canónigo Maciel—, por la superioridad y universalidad de sus talentos... su perfecta comprensión de todos los preceptos y rumores más recónditos de la poesía"... que le otorgan "lugar en los primeros grados del parnaso español". Quizá sincera y cordialmente el canónigo exageraba. Pero podría decirse que esta exageración afectaba más al volumen que a la calidad.

Lavardén alternó sus actividades en la ciudad con la atención de intereses rurales en la otra Banda. Estuvo, o pudo estar, presente en las duras jornadas de las invasiones inglesas; pero no hay noticia del modo y medida en que ellas lo conmovieron; y es en todo caso cierto que no inspiraron ninguno de sus poemas.

Cuando en 1801 el abogado, militar y funcionario español Francisco Antonio Cabello y Mesa funda *El Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata*, Lavardén gozaba ya de alto prestigio como poeta; se lo habían granjeado con creces dos producciones: en 1786, cierta "Sátira literaria", en elegantes tercetos; y en 1789, una tragedia en verso, *Siripo*. La *Sátira*, con la que contestaba a un vate limeño que se había permitido menospreciar a los poetas de Buenos Aires, arremetía contra la pléyade en bloque de los poetas limeños, ridiculizando con soberbia despiadada el bajo servilismo de sus pretendidas cortesías. Refiriéndose al pueblo de Buenos Aires dice:

*El pueblo que de libre se gloria
produce nobles almas que a ninguno
quisieran conceder la primacía.
Y aludiendo al de Lima, añade:
que cualquiera sandez de un*

Liviracocha,



La Ranchería (óleo de L. Matthis)

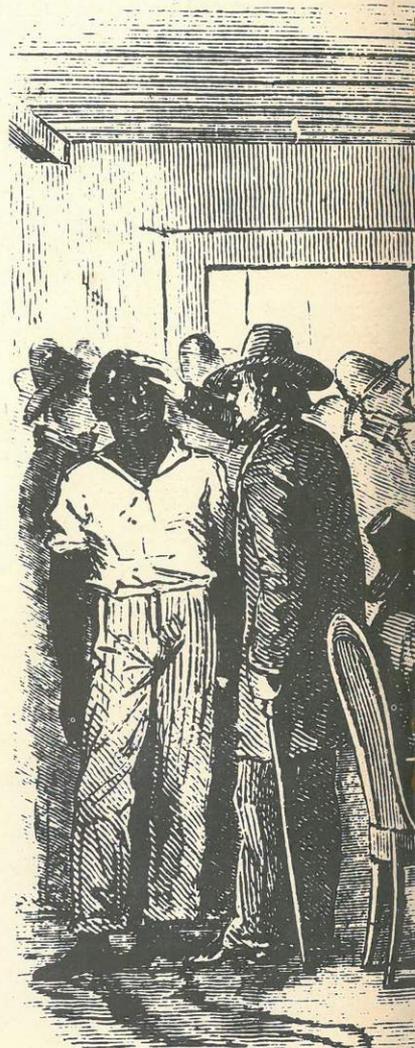
El reemplazo, en España, de la dinastía de los Austrias por la de los Borbones, a principios del s. XVIII, coincide con el comienzo de una época de renovación en Europa, que culminará, en el mismo siglo, con el gran movimiento racionalista e iluminista que habrá de teñir, necesariamente, toda la cultura de este período.

De los Austrias a los Borbones: El iluminismo

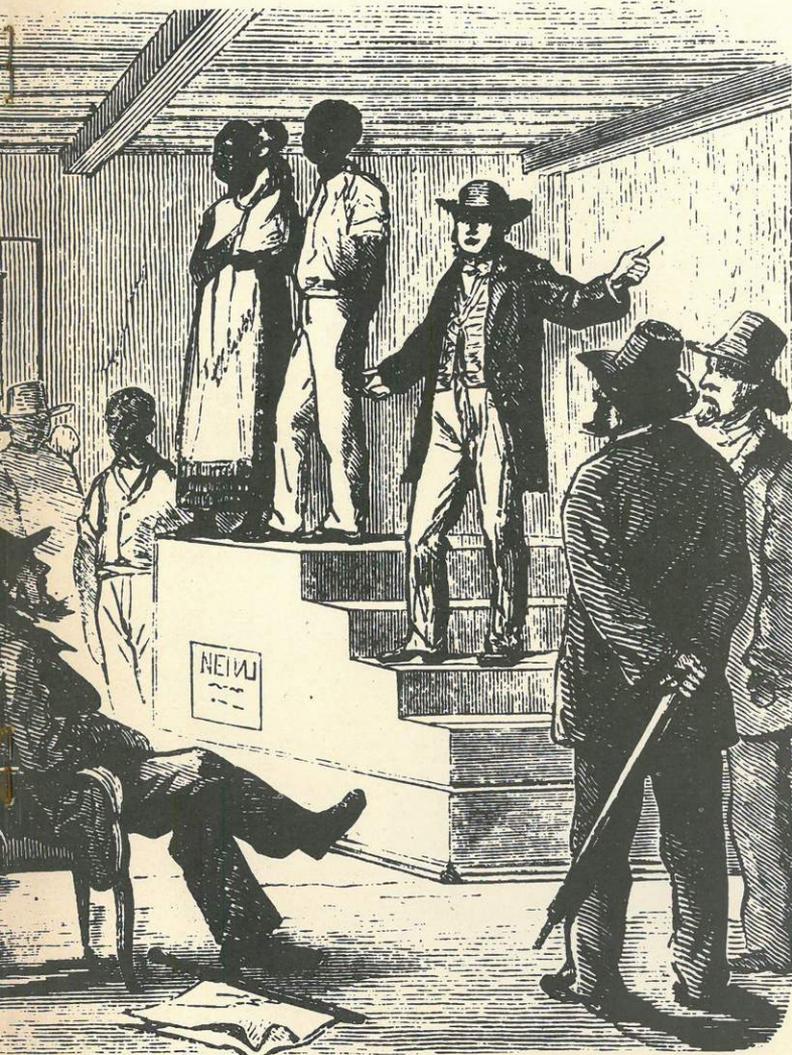
Carlos V y Felipe II, de la dinastía de los Austrias, habían llevado a España a la hegemonía en el cuadro del mundo occidental. El esplendor hispano se prolongó todo a lo largo del siglo XVI, y el primer tercio del XVII. Pero los descendientes de aquellos emperadores no fueron capaces de mantener tan alto nivel, y ya a mediados del siglo XVII, al par que se ve a España en proceso de total decadencia —política, económica y cultural—, se asiste al ascenso de dos nuevas potencias que pronto se constituyen en el eje político y espiritual del mundo: Inglaterra, como potencia marítima y comercial principalmente, y Francia, como centro principalmente espiritual.

A la dinastía de los Austrias sucede la dinastía de los Borbones en el gobierno de España, al pasar la corona, en 1700, a la cabeza de Felipe V, nieto de Luis XIV. En las nuevas manos, la decadente España se irá abriendo a los nuevos vientos del pensamiento político, económico, social y filosófico, que soplan desde Francia e Inglaterra, y que no son sino, ya maduros, los que había desencadenado el Renacimiento. El pensamiento inglés pondrá el acento sobre el cientificismo; el pensamiento francés sobre los fundamentos filosóficos: la racionalidad del conocimiento (Descartes), el

ideal republicano (Montesquieu), la organizado en orden alfabético, tolerancia religiosa (Voltaire), la soberanía popular (Rousseau). Se llamó Enciclopedia, al repertorio, de la suma de conocimientos y doctrinas “modernas” en las distintas ramas del saber, publicado en la segunda mitad del siglo XVII bajo la dirección de Dionisio Diderot, y que constituyó el resorte ideológico maestro de la Revolución francesa (1793), y quizá de todo movimiento político a partir de la revolución norteamericana (1776). Englobase el panorama de ese gran movimiento de renovación general, que se inicia a mediados del siglo XVII y abarca todo el XVIII, con los nombres de Ilustración, o Iluminismo, porque lleva en sí la fe en la omnipotencia de la razón y de la ciencia, no solo para el entendimiento de la realidad y la verdad, sino también para la debida conducción social y el perfeccionamiento humano. Esta convicción hizo parecer lícito que los gobernantes se arrogaran poderes absolutistas, cuando se trataba de reformas sociales que, concebidas a la luz de las nuevas ideas, se juzgaban convenientes al progreso social. Así pudo hablarse de un “despotismo ilustrado”. Con este espíritu, los más destacados monarcas españoles del siglo XVIII, Fernando VI y Carlos II (1746-1788), asistidos de ministros fuertemente imbuidos de “ilustracionismo” concibieron diversas iniciativas para estimular la economía general y el desarrollo de los estudios científicos. Creáronse así juntas o Sociedades de “Amigos del país” para el fomento



Venta de esclavos en el s. XVIII



de la agricultura, el comercio y la instrucción pública; se fundaron Academias de Matemáticas, Medicina y Jurisprudencia, observatorios astronómicos, jardines botánicos, laboratorios para la investigación... La repercusión en América, de aquel gran movimiento europeo, puede pulsarse desde temprano en el plano de la enseñanza universitaria, donde las ideas cunden, aunque refrenadas por el espíritu escolástico a que está obviamente obligada la universidad colonial, fundación eclesiástica. Por más que al fin se las rechace o se acabe adaptándolas a los preconceptos dogmáticos, la verdad es que no se las ignora. Pero nada podía impedir que fuera del claustro las nuevas ideas cundieran, pese a la censura oficial, que en verdad nunca fue demasiado severa en la región rioplatense. La infiltración de las nuevas ideas fue ya patente desde el establecimiento del Virreinato. Las principales bibliotecas —por supuesto, privadas, y en general de eclesiásticos— incluían obras de algunos enciclopedistas “peligrosos” o “réprobos”; y, desde luego, las obras de los dos pensadores españoles de más autoridad en España y América, entre los tocados a fondo por las nuevas corrientes ideológicas: el padre Feijóo (1676-1764), con su revulsivo Teatro Crítico y sus Cartas eruditas, y Gaspar de Jovellanos (1744-1811), con sus estudios económicos y políticos. Ambos pensadores influyeron indudablemente en la formación de la conciencia político-social americana de la víspera de la independencia.

La producción poética y dramática de Manuel José de Lavardén, si bien no ha podido conservarse en su totalidad, representa, por el prestigio que alcanzó en su tiempo y por lo que de ella se aprecia en lo que ha llegado hasta nosotros, una de las más representativas expresiones de la literatura virreinal.

TELEGRAFO

MERCANTIL, RURAL, POLITICO-ECONOMICO,
E HISTORIOGRAFO

DEL RIO DE LA PLATA

POR

EL CORONEL D FRANCISCO ANTONIO CABELLO
y Meia, Abogado de los Reales Consejos, primer Excitior
periódico de Buenos Ayres, y Lima.

TOMO III.

QUE COMPRENDE LOS MESES DE

ENERO, FEBRERO, MARZO, Y ABRIL,

AÑO DE 1802.



CON PRIVILEGIO EXCLUSIVO.

En la Real Imprenta de los Niños Expósitos de
Buenos-Ayres.

El Telégrafo Mercantil

producciones naturales, las Artes, las Ciencias, y la Literatura de este País amano, vígen, rico, y venturoso. Ayudádmé à estribiré sabios Argentinos! y tambien, ahora, voutros mis injutos ocultos contentores, si sois amigos de la verdad, y de la gloria, si os preciais de generosos, y corteses, si os correis de la ribaldidad que desluzca la proavid, la solidez, la generosidad, y cortesia de vuestro caracter; ayudádmé propicios para esta obra: y para acreditar à nacieta dignamente, à Mercurio, implorémos de su ciencia. Mas oyé de un Socio nuestro (a) (al Paraná) su invocacion excelsa.

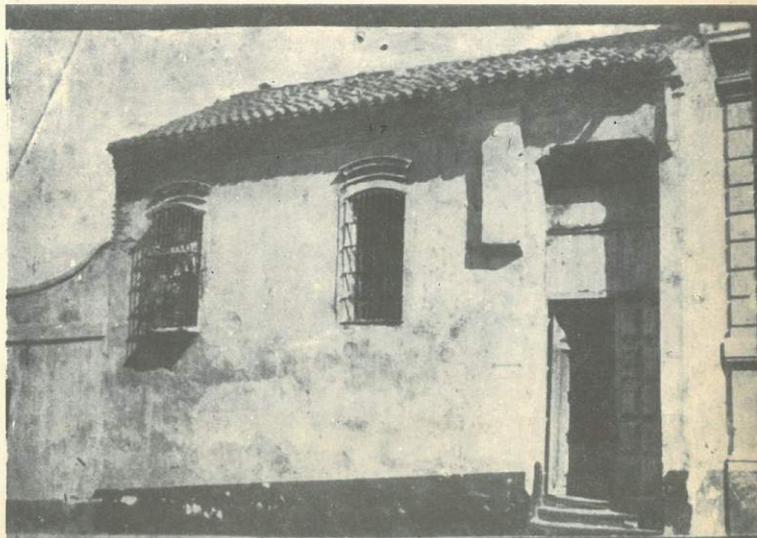
Augusto Paraná. Sagrado Rio, primegonito illustre del Oceano, que en el Carro de Nacar (b) Recluzgient, Avado de Gaimanes, recamados de verde, y Uro, vás de clima en clima de region en region vertiendo franco suave frescor, y prodiga abundancia tan grato al Portugues, como al Hispano el aspecto saúdo de Mavorite, si de Albuon los insultos temerarios (c) sombrando tu caudido caracter retroceder (d) te hicieron asistado

(a) El Dr. D Manuel Lavardén, a quien no se puede negar ni su clar talento, ni su buen gusto, ni su ecogida erudicion, su urbanidad, su floccro, y en fin las prendas mas dignas de un Lisrato, y mas acreedoras à la estimacion y aprecio Publico.

(b) Hay en el Paraná multitud de conchas, que facilmente se desecavan, muestran un brulido n ear que puede ser un ramo de industria. Los Paraguayos los compran en embudidos.

(c) El segundo de los Ingleses.

(d) No deben olvidar los Amigos del País el raro fenómeno de haver echado menos en los cinco años pasados el ordinario crecimiento del Paraná, y las grandes resacas de este acobrimiento con respecto al Com rolo Intero, y cria de ganados. De semiente sucesor no ha murcia, y se ig ora su causa. El año presente volvió à su ordinario estado.



Oda al Paraná, de Lavardén

Casa natal de Lavardén

aunque de todas luces esté ayuno le parece de almíbar y melcocha.

El dramaturgo: De la tragedia *Siripo* sólo se sabe con certeza que fue estrenada con gran éxito el primer día del Carnaval de 1789. Se ha perdido el texto original, y se duda de la autenticidad de la copia de un fragmento, que unos historiadores suponen que corresponde al segundo acto, y otros consideran indudablemente apócrifa. Como lo anticipaba el título, el tema de la tragedia era el famoso episodio de la destrucción del fuerte de Sancti Spiritu, narrado en el capítulo VII del Libro Primero de *La Argentina*, de Ruy Díaz de Guzmán. Gratuitamente —desde que no se conoce la obra— un ilustre historiador español presume que la tragedia de Lavardén no habría sido sino un calco empobrecido de la tragedia *Lucia Miranda*, escrita y publicada en italiano en 1784 por el jesuita valenciano Manuel Lassala. No existe motivo alguno para tal suposición; antes bien, en el caso de que Lavardén hubiese conocido la obra del jesuita extranjero podría conjeturarse que si decidió retomar el tema, no fue para copiar esa obra sino para abordarlo de un modo que, en principio, incumbía ante todo al espíritu americano. Lo sugería claramente el propio Lavardén al explicar los motivos que lo habían llevado a la elección del tema: “por su dificultad” —decía— como tema “destituido de recursos, en donde no tienen cabida los auxilios de la pompa palaciega ni los rasgos históricos ni mitológicos”. Era ciertamente aspirar a la originalidad, apuntando en una dirección muy americanista, por así decir: de tragedia al aire libre, en suelo recién descubierto, sin historia todavía. Dentro de la lógica histórica cabría más bien presumir que la tragedia de Lavardén debía remitirse —como sin duda la del padre Lassala— al ejemplo neoclásico francés, que a

mayor abundamiento se brindaba con modelos de particular interés para los americanos, como la *Alzira*, o los *americanos* de Voltaire. Y ciertamente cabe a este mismo propósito recordar que la representación de *Siripo*, aquella tarde de los carnavales de 1789, fue precedida de una “loa” dramática del propio Lavardén, titulada *La Inclusa*, también extraviada, y cuya pérdida habría que lamentar doblemente, pues se trataba de una obrita que habría sido objeto de severa censura oficial y sometida a prolijos retoques antes de subir a escena, por haberla juzgado el censor muy penetrada “de la impiedad de los filósofos de esta era entregada al capricho y la corrupción”. Aunque el censor nombraba solamente a Rousseau, es obvio que Voltaire era uno de esos filósofos. Perdida, pues, toda la obra del dramaturgo —que aparte de los muy probables valores en sí, habría tenido el de ser cronológicamente la primera de autor porteño y tema rioplatense—, la gloria de Lavardén queda totalmente encomendada a los méritos de la mencionada “Sátira” y a la última de sus poesías, la famosa “Oda al Paraná”, publicada en 1801 en el primer número de *El Telégrafo Mercantil*. Con posterioridad a la *Oda*, la lira de Lavardén se llama a silencio, por lo cual los historiadores juzgan a éste el último poeta colonial. Pero, de tener que atenerse a un punto de vista simplemente cronológico, habría que reservar el título de último poeta colonial para Vicente López y Planes, que escribe “El triunfo argentino” siete años después de la “Oda al Paraná”, y todavía antes de la Revolución.

El poeta: Paralelamente a la fundación de *El Telégrafo Mercantil*, se había concebido la de una Sociedad Patriótica que lo sostuviera, “sabio e ilustre congreso” en cuyo seno —decía



Vicente López y Planes

López y Planes

López y Planes nació en Buenos Aires en 1785, hijo de padre español y madre porteña. Cursó sus primeros estudios en el Colegio Carolino y los superiores en la Universidad de Chuquisaca, donde se doctoró en derecho. Oficial del Regimiento de Patricios, su comportamiento en las jornadas de “la defensa” le valió el ascenso a capitán. Actuó en el Cabildo Abierto de 1810. Marchó al Norte, como secretario del jefe del Ejército Auxiliar y fue secretario de Hacienda del Primer Triunvirato. Diputado a la Asamblea del año 13, brevemente presidente provisional tras la renuncia de Rivadavia, fue ministro del gobernador federal Dorrego, y presidente del Tribunal de Justicia bajo el gobierno de Rosas. Gobernador de Buenos Aires después de Caseros, asistió en ese carácter al Acuerdo preconstitucional de

San Nicolás (1852). Murió en su ciudad natal en 1856, a los 71 años de edad, habiéndole concedido el destino el privilegio de ser actor y testigo de la historia de su patria en el período más difícil, el de la liquidación colonial. Proceso de medio siglo, dramáticamente pautado por hechos tan trascendentales como las invasiones inglesas (1806-7), la revolución de Mayo (1810), las guerras de la independencia (1812-1820), la anarquía (1820), la tiranía (1830-50), y la sanción constitucional (1853).

el prospecto— “la metafísica, jurisprudencia, medicina y cirugía, química, botánica, historia eclesiástica, civil y natural y todos los ramos de las ciencias y las artes estén sentenciados a sujetarse al estudio del ente racional que, como amigos del país y amantes de la patria, lucha continuamente con los errores y tinieblas...” Como era de esperar, dados los fines proclamados, la fundación de la Sociedad Patriótica no pudo cuajar. Ni *El Telégrafo* subsistir largo tiempo. Pero había bastado el primer número (1º de abril de 1801), con la publicación de la *Oda*, para conmover profundamente el ambiente y suscitar un movimiento poético de considerable intensidad, a dos vertientes: la culta, seudoclasicista, que sigue los patrones peninsulares de turno (Quintana, Arriaza, Cadalso, Cienfuegos, Moratín); y la otra, *popularista*, que, si bien quizá también mirando al ejemplo metropolitano, presta al mismo tiempo oído a los gustos y modos populares locales, y cultiva la letrilla satírica, la décima intencionada, la fábula ridiculizante. El porteño Lavardén, en Buenos Aires, y el español Prego de Oliver, en Montevideo, serían los mayores representantes de la primera rama; entre los de la segunda, la mayoría de los cuales prefiere el anónimo, cabe destacar el nombre de Domingo de Azcuénaga, porteño, que continuará produciendo hasta mucho después de la Revolución.

Desde el establecimiento del virreinato habíase tenido la impresión de haber entrado en una nueva era del destino argentino; en la “Oda al Paraná” creyó reconocerse la irrupción de un nuevo espíritu creador; el vate revelaba en el río epónimo, proféticamente, el símbolo de los destinos de la patria.

Augusto Paraná, sagrado río primogénito ilustre del Océano,

que en el carro de nácar refulgente tirado de caimanes, recamados de verde, y oro, vas de clima en clima de región en región vertiendo franco suave frescor, y pródiga abundancia.

... La gran corte en grande gala espera. Ya los sabios en tu dichoso arribo se prometen muchos conocimientos más exactos de la admirable historia de tus reinos. Algún pasaje mencionaba los mismos hechos heroicos que habían inspirado los sonetos y el “romance” de Maciel; pero la “Oda” lo hacía para brindárselos no a la gloria de Cevallos, el jefe de las victorias logradas a la cabeza de sus tropas de gauchos, sino a la gloria remotísima de la real pareja sentada en el trono, al otro lado del Océano:

Ven sacro Río para dar impulso al inspirado ardor; bajo tu amparo corran como tus aguas nuestros versos. No quedará sin premio (¡premio

¡santo!)

Llevarás guarnecidos de diamantes y de rojos rubíes, dos retratos, dos rostros divinales, que conmueven: uno de LUISA es, otro de CARLOS... Aun como convención poética usual entonces, hoy choca tanta cortesanía, sobre todo en un súbdito colonial, y en un ambiente muy diferente del de la corte peruana que el propio vate había ridiculizado por su servilismo. Resulta difícil sentir y gustar hoy, al cabo de más de siglo y medio, esa “Oda” que, en el fondo, no hace otra cosa que sujetar a verso bien medido el programa inscrito en el analítico título de *El Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico*, y en la exposición de motivos de la malograda Sociedad Patriótica. Esto es: sobreentiende en verso el conjunto de temas, teóricos o positivos, del pensamiento social, naturalista, cientificista, progresista, del siglo XVIII. Ello en cuanto al fondo



Domingo de Azcuénaga

o contenido esencial de la "Oda"; en cuanto a la forma, es espécimen bastante singular del estilo llamado seudoclásico, con fuertes rasgos del barroco cortesano que presume de exquisitez y refinamiento, y se goza en la alegoría y demás formas del derroche expresivo. Con un mínimo de sensibilidad estética y conocimiento histórico, nadie podrá leer hoy la "Oda" sin ese asombro, y aun ese secreto agrado, que hoy se experimenta al contemplar un mueble colonial de lujo o un púlpito del siglo XVIII argentino.

Las invasiones inglesas. — Todo el mundo, en el Río de la Plata, en toda América, en España, el propio francés Liniers, jefe militar de las tropas que habían rechazado al invasor inglés, los propios ingleses, todos coincidían en juzgar el desenlace un *triumfo del pueblo de Buenos Aires*. La *Oda* que el joven poeta porteño y oficial del ejército victorioso, Vicente López y Planes, escribe al día siguiente de la hazaña para glorificarla, se tituló precisamente "El triunfo argentino", subrayando de entrada su carácter colectivo, esto es, su condición de hazaña cumplida por el patriotismo del pueblo. No fuera a suponérselo debido a ningún jefe singular, mucho menos si este jefe era extranjero...

Las exaltaciones del patriotismo alcanzaron, pues, al *estro culto*, que supo traducirlas a su manera en ambas orillas del Plata: en Buenos Aires, por conducto de López y Planes en esa "Oda"; y en Montevideo, del poeta y funcionario español Prego de Oliver en su "Oda en liras a la Reconquista de Buenos Aires". Pero el sacudimiento había conmovido todos los estratos, y así se asiste al mismo tiempo a un verdadero desencadena-



Santiago de Liniers

Varios escritores de la época exaltaron literariamente la victoria criolla sobre los invasores ingleses: entre ellos, los más distinguidos fueron Pantaleón Rivarola y Vicente López y Planes. Simultáneamente, floreció un cancionero anónimo, que mezclaba las diatribas al invasor con pullas y sátiras contra nativos y españoles cobardes o complacientes.



Reconquista de Buenos Aires: rendición de Beresford

miento del *estro popular* (quizá anticipándose al otro), que inunda todos los ámbitos de la ciudad enorgullecida y envalentonada por el triunfo, con coplas, décimas, letrillas, romances, “cielitos”, glosas, redondillas, que circulan en su mayor parte cantadas al compás del instrumento, algunas por escrito (manuscritas o impresas), en general anónimamente. Lo que ha podido llegar a nuestros días de aquel unánime desborde del alma popular, excitada por una hazaña que siente suya, se engloba hoy en el título de *Cancionero de las invasiones*.

Pero no pudo faltar el espíritu culto, de alguna sensibilidad popular —tal vez más fuerte por esta aptitud conatural que por sus atributos de cultura (como parecía tan evidente en el caso del canónigo Maciel)—, que se sintiese tentado a asumir y concentrar esa “voz del pueblo”, dispersa y unívoca, para soliviarla a un plano que, sin desentenderse de los usos y gustos líricos del “vulgo”, la acercara al entendimiento culto. Esta fue la misión que en aquella extraordinaria circunstancia se arrogó, con notable coraje, el sacerdote y abogado porteño Pantaleón Rivarola.

Pantaleón Rivarola (1754-1821): Nació en Buenos Aires el mismo año que el poeta Lavardén. Inicia sus estudios en el colegio jesuítico de Monserrat, en Córdoba; los prosigue en la Universidad de San Felipe, en Chile, donde se gradúa en el doctorado en ambos derechos. De vuelta en su patria, dicta la cátedra de filosofía en el Colegio Carolino; tiene destacada participación en las jornadas de las invasiones inglesas, y a su tiempo se decide sin vacilar —como otros sacerdotes argentinos— por la causa de la Revolución de Mayo. Dos extensos “romances” dieron la medida de su inspiración en ocasión de las invasiones; tituló el primero: “Romance

heroico en que se hace relación circunstanciada de la gloriosa reconquista de la ciudad de Buenos Aires, capital del Virreinato del Río de la Plata, verificada el 12 de agosto de 1806 —de un Fiel Vasallo de Su Majestad y Amante de la Patria”—; y el segundo, firmado del mismo modo alegórico que el primero, esto es, omitiendo el nombre personal del autor:

“La gloriosa defensa de Buenos Aires, capital del Virreinato del Río de la Plata, verificada del 2 al 5 de julio de 1807”. Lanzó el padre Rivarola ambas composiciones acompañadas de una nota explicativa que ciertamente vale por una teoría del género elegido. En ella aclaraba que si, no obstante tratarse de una “memoria histórica”, la ofrecía con sus romances, en verso y no en prosa, era porque “desde los principios del mundo ha sido (la poesía) la que ha inmortalizado... los hechos gloriosos de la religión y la gentilidad”; y que si haciéndolo en verso no lo hacía en el endecasílabo de los poetas cultos sino en “verso corrido” —romance octosilábico—, era “porque esta clase de metro se acomoda mejor al canto usado en nuestros comunes instrumentos, y por consiguiente es el más a propósito para que toda clase de gente lo decore y cante: los labradores en su trabajo, los artesanos en sus talleres, las señoras en sus estrados, y la gente común por las calles y plazas...”

Los contemporáneos cultos acogieron con burla los romances heroico-populares del padre Rivarola. Hoy no parecen nada desdeñables. Eminentemente castizos —en esto diferentes del “romance de un guaso” del padre Maciel—, producto de elaboración típicamente culta, comportan empero detalles y matices interesantes para el rastreo de las raíces de la gauchesca criolla.

ROMANCE HEROICO

EN QUE

SE HACE RELACION CIRCUNSTANCIADA

DE LA GLORIOSA RECONQUISTA

DE LA CIUDAD DE BUENOS AYRES,
Capital del Virreinato del Río de la Plata,
verificada el día 12 de Agosto
de 1806.

POR UN FIEL VASALLO DE S. M

Y AMANTE DE LA PATRIA,

QUIEN LO DEDICA Y OFRECE

A LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD,
Cabildo y Regimiento de esta Capital.

CON SUPERIOR PERMISO

BUENOS AYRES

En la Real Imprenta de los Niños Expósitos
Año de 1807.

Romance heroico de Rivarola



El virrey Sobremonte

Fiel a la enseñanza clásica, Rivarola comenzaba con una invocación; pero fiel también a su condición sacerdotal, la invocación no se dirigía a las musas y divinidades del olimpo pagano:

*Santísima Trinidad
una indivisible esencia,
desatad mi torpe labio
y purificad mi lengua,
para que al son de mi lira
y sus mal templadas cuerdas
el hecho más prodigioso
referir y cantar pueda.*

Sesenta años después Martín Fierro invocará algo menos abstractamente:

*Pido a los santos del cielo que alum-
bren mi entendimiento...*

Por primera vez en la poesía aparece "el negro", y esta vez con nombre y apellido como en ningún otro caso, y envuelto en una descripción muy entonada al gusto popular:

*Pablo Jiménez, esclavo
pardo, agregando a su cuerpo
maravillas de valor
y piedad al mismo tiempo,
este día señalado
obró con gran lucimiento:
¡mató él solo dos ingleses
batallando cuerpo a cuerpo!*

*En su media lengua entonces
el negrito va diciendo:
"Tira inglés y no me yerres,
si me yerras eres muerto".
Cuando ya se puso a tiro
le pone los puntos luego
el bretón, y le descarga
el fusil, pero mi negro
con viveza sin igual
se dejó caer al suelo,
y por entre el humo corre
hacia el inglés con denuedo
y antes que este cargue el arma
con su lanza le abre el pecho.*



El virrey Cisneros

López y Planes. No a Lavardén, sino a Vicente López y Planes (1785-1856) cabría en rigor considerar el último poeta *colonial* argentino, por su oda "El triunfo argentino", escrita en 1808 para cantar las victorias del "pueblo de Buenos Aires" sobre las tropas inglesas. La oda caía, pues, todavía, cronológicamente, dentro de la historia colonial; pero también pertenecía a ésta —lo mismo que la "Oda al Paraná" de Lavardén, escrita en 1801— por sus rasgos formales, desde la impostación retórica, típicamente pseudoclásica, hasta el gesto final, de tipo cortesano, con que brinda la hazaña argentina a la gloria del lejano monarca metropolitano:

*A vuestros pies, monarca el mas
benigno,
nuestro Jefe se postra, y nuestro
[pueblo,*

*de la efusión más tierna conmovidos,
implorándoos sumisos la alta gracia
de que grato admitáis estos servicios...*

Admitamos nosotros que esta exagerada reverencia constituyera nada más que una mecánica concesión al protocolo cortesano; pero nadie —salvo quizá los poetastros limeños ridiculizados décadas antes en la "Sátira Literaria" de Lavardén— había subrayado tanto el servilismo. Aunque, bien es verdad, muy pronto veremos al poeta de "El triunfo" en mejor actitud, entonando las ardientes estrofas destinadas nada menos que a letra del himno nacional.

"Poema heroico en memoria de la heroica defensa de Buenos Aires contra el ejército de 12.000 hombres que la atacaron los días 2 al 6 de julio", explicaba el subtítulo de "El triunfo", considerado el poema "de mayor aliento" compuesto hasta entonces en el Río de la Plata. Consta de 1112 versos endecasílabos de pares asonantes, y una sola asonancia, alarde extra-

EL TRIUNFO ARGENTINO,

POEMA HEROICO,

EN MEMORIA DE LA GLORIOSA DEFENSA DE LA CAPITAL
DE BUENOS-AYRES, CONTRA EL EJÉRCITO DE 12000
INGLESES, QUE LA ATACARON LOS DIAS 2 A 6 DE JULIO
DE 1807.

POR D. VICENTE LOPEZ Y PLANES,
CAPITAN DE LA LEGION DE PATRICIOS DE LA MISMA CAPITAL.

*Bellum impotrunum, cives; cum gente deorum,
Invictis que viris gerimus: quos nulla fatigant
Prællia, nec victi possunt abstivere ferro.*

VIRG. *Æucid.* xi.

Hijo (1) de Apolo, tu sublime acento
Suspende un tanto, mientras el furor mio
Lanzándolo del pecho, á su sosiego
Torno mi espíritu hora enardecido.
Mi trompa es débil, celestial la tuya.
Por eso teme el acorrerme Clio:
Mas el triunfo alto de mi patria amada
Al alma inspira ardor desconocido:
Dexamelo cantar, dexa que ceda
Esta vez mi rubor al patriotismo:
Grata á mis votos, ven divina Musa,
Bate tus alas, baxa del Olimpo,
Y pues enseñas á cantar proezas,

ALMANAK
Y CALENDARIO GENERAL,
 Diario de cuarto de Luna,
 según el Meridiano de
 Buenos-Ayres.

PARA EL AÑO DEL SEÑOR DE 1789.



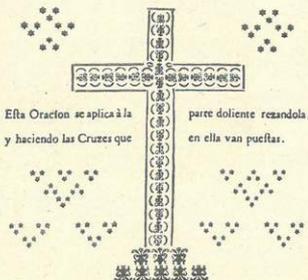
Los días de Fiesta llevan esta señal (+) Los
 en que se puede trabajar (con obligación
 de oír Misa) se señalan con esta †. Y
 los feriados con esta (*)

EN BUENOS AYRES

Con licencia: En la Real Imprenta de los
 Niños expósitos, y á su colta.

Almanaque impreso
 en la Imprenta de Niños Expósitos

ORACION
 QUE HIZO EL GLORIOSO
SAN VICENTE FERRER
 CONTRA LA PESTE.



Esta Oracion se aplica á la
 y haciendo las Cruces que
 parte doliente rezandola,
 en ella van puestas.

CHRISTO vence † Christo manda † Christo reyna † Christo
 de todo mal, y peste me defiende † Jesus Nazareno Rey de los
 Judios † compadeceros de nosotros † por la señal de la Santa
 Cruz † y por los meritos de la gloriosísima Virgen Maria Madre
 tuya, y Señora óhtrita, y de tus Santos Mártires, y Confesores,
 Fabian, y Sebastian, Cosme, y Damian, Atanacio, y Marianos,
 Roque, y Domingo, libranos Señor de todos nuestros enemigos.
 Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal que encarnó en la Vir-
 gen Maria teneis piedad de nosotros. Amen.
 La Audición de esta Oracion se hará en el Convento de Predi-
 cadores hecha por el mismo Santo.

Buenos-Ayres: En la Imprenta de los Niños expósitos: Año de 1789.

Otro impreso de la misma
 época e imprenta

ordinario éste último en pieza de tanta extensión, solo parangonable, aunque con desventaja, al del "Romance de mi vida" del cordobés Tejada, que casi un siglo y medio antes alcanzara los 1332 versos, en retahila octosilábica asonantada de rima única. Pero también es cierto que si es la obra poética de mayor aliento en la poética rioplatense, "El triunfo", merece ese título más por su longitud que por sus valores propiamente poéticos, poco menos que nulos. La estructura formal recordaba escolarmente los moldes virgilianos más usuales, con la consabida invocación a las musas y dioses del Olimpo pagano, la metáfora mitológica, la descripción alegórica, tal como corresponde al seudoclasicismo de la época. *¿Quién, Caliope sacra, al pecho mío podrá inspirar arrebatante fuego para que cante con lenguaje digno la primera expansión de nuestras fuerzas?*...

El padre Febo que mirado había el encuentro feroz, despavorido sus cabellos agita y se sepulta en las ondas del golfo cristalino...

El poema de López y Planes, que llama *argentino* al triunfo de los porteños frente al invasor inglés, denuncia soterradamente —pues de modo explícito, ya lo vimos, el triunfo es considerado español— al autor del Himno Nacional. Y, con esto, los tiempos inminentes en que el Río de la Plata se liberaría del dominio español, asumiendo el designio de constituirse en una nación libre e independiente. Ya se verá como toda la literatura de este período que se inicia en la primera década del nuevo siglo XIX, todavía bajo el sello del seudoclasicismo, estará comprometida con esa trascendental decisión histórica y política, y con la guerra de liberación que ella trae consigo.



Buenos Aires a principios del s. XIX

Bibliografía

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Rojas, Ricardo: *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, 1925.

Arrieta, Rafael A.: *Historia de la literatura argentina* dirigida por [...], Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1958.

BIBLIOGRAFIA DE LOS PRINCIPALES AUTORES Y OBRAS CITADOS

Lazarillo de ciegos caminantes. Primera edición en España, 1773. La Junta de Historia y Numismática de Buenos Aires realizó la primera edición argentina en 1908, precedida de un prólogo de Martiniano Leguizamón. En 1942 se publicó en Buenos Aires una nueva edición, con un estudio preliminar de José Luis Buaniche.

Maciel, Juan Baltasar. Su producción —de la que interesan sólo sus obras en verso— no ha sido publicada íntegramente. Sus trabajos poéticos más significativos están incluidos en la *Antología de poetas argentinos*, de J. de la C. Puig (Buenos Aires, 1910), en la “Revista de la Biblioteca Nacional” (tomo V), y en la colección de manuscritos de Juan María Gutiérrez existente en la Biblioteca del Congreso de la Nación.

Lavardén, Manuel José de. La única obra dramática que se sabe con certeza que le pertenece, es la tragedia *Siripo*, representada en 1789, y cuyos originales se perdieron antes de haber podido editarse. Se cree que proyectó otras tres tragedias (*La muerte de Filipo de Macedonia*, *La pérdida de Jerusalén por la traición de Tancredo*, y *Los Araucanos*), pero no se tiene, a ese respecto, ninguna otra noticia concreta. De su producción lírica se conservan: la *Sátira Literaria* (1786), la *Oda al majestuoso río Paraná* (publicada en el *Telégrafo Mercantil*, 1801), y algún soneto y composiciones

de circunstancias incluidas en la *Antología de poetas argentinos*, de J. de la C. Puig (Buenos Aires, 1910).

Rivarola, Pantaleón. Los dos romances sobre las invasiones inglesas fueron publicados en sendos folletos en 1807, anónimamente, si bien nadie ignoraba quien era su autor. Fueron luego incluidos, con el nombre que llevan actualmente, en la *Compilación de documentos relativos a sucesos del Río de la Plata desde 1806*, publicada por Valentín Alsina y Vicente Fidel López (Montevideo, 1851). López y Planes, Vicente. Su única obra importante de este período, el *Triunfo Argentino*, se publicó en 1807.

BIBLIOGRAFIA BASICA SOBRE LA EPOCA Y LOS MAS IMPORTANTES AUTORES Y OBRAS CITADOS

Sobre la época:

Gutiérrez, Juan María: *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires*, Buenos Aires, Imprenta del Siglo, 1868.

Peramás, Juan Manuel: “Diario o narración de lo sucedido a los jesuitas del Paraguay desde el día de su arresto...”. En *Revista Eclesiástica*, tomos VI y VII, Buenos Aires, 1906.

Bosch, Mariano G.: *Historia del teatro argentino*, Buenos Aires, 1910.

Probst, Juan: Documentos para la historia argentina, tomo XVIII: *Cultura. La enseñanza durante la época colonial (1771-1810)* con introducción de [...], Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas, 1924.

Korn, Alejandro: *Las influencias filosóficas en la evolución nacional*, Buenos Aires, 1936.

Torre Revello, José: “La primera sociedad literaria que se proyectó fundar en Buenos Aires” en *La Prensa*, Buenos Aires, 22 de octubre de 1939.

Id.: *El libro, la imprenta y el periodismo*

en América durante la dominación española, Buenos Aires, 1940.

Caillet-Bois, Ricardo: Artículo en *Revista de Historia de América*, México, 1941, Nº 12.

Trenti Rocamora, Luis: Artículo en *Boletín del Instituto de Investigaciones históricas*, Buenos Aires, t. XXVI, primera parte, junio de 1942, Nº 89-92.

Furlong, Guillermo: *J. M. Peramás y su diario del destierro*, Buenos Aires, 1952.

Orgaz, Raúl A.: “La enseñanza de la filosofía [en el Virreinato del Río de la Plata]”. En *Historia de la Nación Argentina*, Academia Nacional de la Historia, 2ª edición, tomo IV.

Sobre *El Lazarillo de ciegos caminantes*: Bose, Walter B. L.: “El Lazarillo de ciegos caminantes y su problema histórico” en *Labor de los centros de estudios*, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades, 1940, tomo XXIV, Nº 3.

Sobre Juan Baltasar Maciel:

Probst, Juan: *Juan Baltasar Maciel, el maestro de la generación de Mayo*, Buenos Aires, 1946.

Sobre Manuel José de Lavardén:

Gutiérrez, José María: *Estudios biográficos y críticos de algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX*, Buenos Aires, 1865

Menéndez y Pelayo, Marcelino: *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid, 1913.

Bosch, M. G.: *Manuel José de Lavardén, poeta y filósofo*, Buenos Aires, 1944.

Sobre Pantaleón Rivarola:

Gutiérrez, Juan María: *Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de estado de la República Argentina*, Buenos Aires, 1860.

Caillet-Bois, Julio: “La literatura colonial” en *Historia de la literatura argentina* dirigida por Rafael Alberto Arrieta, tomo I, Buenos Aires, Ed. Peuser, 1958.

Este fascículo, con el libro
LA LITERATURA VIRREINAL (antología),
 constituye la entrega n° 5 de **CAPITULO**

Precio del
 fascículo
 más el libro: \$ **150**

CAPITULO

La historia de la literatura argentina

Todas las semanas aparece una nueva entrega, que consta de un fascículo y un libro. Cada fascículo da un panorama completo de un autor o un período; el libro correspondiente da una obra completa o una antología representativa de dicho autor o período. Los fascículos en su conjunto constituirán la "Historia de la literatura argentina" propiamente dicha; los libros constituirán la "Biblioteca Argentina Fundamental". La obra íntegra —Historia más Biblioteca— se publicará en 56 semanas. He aquí el plan de la obra.

ENTREGA	FASCICULO	LIBRO
1	Introducción: Los orígenes	Martín Fierro - J. Hernández - 192 págs.
2	Introducción: El desarrollo	La lira argentina - H. Quiroga - 128 págs.
3	Introducción: Los contemporáneos	El perseguidor y otros cuentos - J. Cortázar - 144 págs.
Primera parte		
4	Epoca colonial: del Renacimiento al Barroco	Los fundadores - Antología - 96 págs.
5	Epoca colonial: La Ilustración y el Seudoclasicismo	La literatura virreinal - Antología - 120 págs.
6	La época de Mayo	La lira argentina - 96 págs.
7	Nacimiento de la poesía gauchesca	Cielitos y diálogos patrióticos - Hidalgo - 80 págs.
8	La época de Rosas y el romanticismo	La época de Rosas - Antología - 120 págs.
9	Echeverría y la realidad nacional	El matadero y La cautiva - Echeverría - 120 págs.
10	El nacimiento de la novela: Mármol	Amalia (primera parte) - Mármol - 400 págs. (Vol. Esp.)
11	El nacimiento de la crítica: J. M. Gutiérrez	Amalia (segunda parte) - Mármol - 300 págs.
12	La prosa romántica: memorias, biografías, historia	Memorias del General Paz - Selección - 120 págs.
13	El ensayo en la época romántica	El ensayo romántico - Antología - 108 págs.
14	El ensayo: Domingo Faustino Sarmiento	Facundo - Sarmiento - 200 págs.
15	Desarrollo de la poesía gauchesca	Santos Vega - Ascasubi - Fausto - Del Campo - 108 págs.
16	José Hernández: el Martín Fierro	Escritos en prosa - Hernández - 92 págs.
17	La segunda generación romántica: la poesía	Versos románticos - Antología de Gutiérrez y Andrade - 120 págs.
18	Lucio V. Mansilla	Una excursión a los indios ranqueles (primera parte) - L. V. Mansilla - 320 págs. (Vol. Esp.)
19	La generación del ochenta: las ideas y el ensayo	Una excursión a los indios ranqueles (segunda parte) - L. V. Mansilla - 240 págs.
20	La generación del ochenta: la imaginación	La gran aldea - Lucio V. López - 160 págs.
21	La "prosa ligera" y la ironía: Cané y Wilde	Juvenilia - Cané - 124 págs.
22	El naturalismo: Eugenio Cambaceres	Sin rumbo - Cambaceres - 144 págs.
23	La literatura social: José Miró	La bolsa - José Miró - 190 págs.

FASCICULOS QUE APARECERAN POSTERIORMENTE:

Segunda parte: 24. Los últimos románticos - 25. La vuelta del siglo: Almafuerte - 26. El modernismo - 27. Leopoldo Lugones - 28. Modernismo y narrativa: Enrique Larreta - 29. Realismo y picaresca: Roberto J. Payró - 30. Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga - 31. Ricardo Güiraldes - 32. El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez - 33. El teatro: Gregorio de Laferrere - 34. La poesía en el avance del siglo - 35. Femenismo y poesía: Alfonsina Storni - 36. La poesía de Enrique Banchs - 37. Fernández Moreno: el sencillismo - 38. Realismo tradicional: narrativa urbana - 39. Realismo tradicional: narrativa rural - 40. El movimiento de

Martín Fierro - 41. Florida y la vanguardia - 42. Boedo y el tema social - Tercera parte: 43. La novela moderna: Roberto Arlt - 44. Madurez del teatro: Samuel Eichelbaum - 45. El ensayo moderno: Ezequiel Martínez Estrada - 46. La crítica moderna - 47. Intelectualismo y existencialismo: Maliea - 48. La novela experimental: Marechal - 49. La narrativa fantástica: Borges - 50. La poesía: la generación del 40 - 51. La poesía social después de Boedo - 52. Desarrollo de la narrativa: la generación intermedia - 53. La generación intermedia en teatro: los teatros independientes - 54. La generación del 55: los narradores - 55. La literatura actual - 56. Índice general.